

LOS HONDEROS DE LA VERDAD

Juan Carrero Saralegui, promotor del Forum Internacional para la Verdad y la Justicia en el África de los Grandes Lagos

Los honderos de las Islas Baleares eran conocidos en la antigüedad por ser capaces de enfrentarse sólo con su honda a ejércitos mucho más poderosos. En nuestras Islas sabemos bien que la historia de David y Goliat no es necesariamente un mito. Seguro que la leyenda ha magnificado los hechos históricos, pero eso no significa que se trate de un mito. Y la prueba de que se trata de historia y leyenda pero no de mito es que a lo largo de los siglos han aparecido y continúan apareciendo, una y otra vez, nuevos David.

En este último tiempo hemos visto a diversos ruandeses que, al igual que Victoire Ingabire Umuhoza, se han atrevido a desafiar sólo con la honda de la palabra a un Paul Kagame incomparablemente más poderoso que el Goliat filisteo. ¿Qué tienen en común todos estos personajes que a todo lo largo de la historia han personificado esa figura arquetípica de David?

La pregunta no es retórica sino eminentemente práctica, ya que esos valientes líderes necesitan de todos nosotros, necesitan de un pueblo que los acompañe y que sostenga su coraje. Y necesitan también de la comunidad internacional. De la verdadera comunidad internacional, no del club de los grandes que organizan “rebeliones” y fraudulentas “negociaciones pacificadoras”, que utilizan a las Naciones Unidas, que imponen misiones y tribunales políticos con agendas ocultas, etc.

Los pueblos de Ruanda y la RD del Congo son los únicos protagonistas de sus procesos de liberación, pero nos necesitan a todos nosotros. Necesitan en especial de los abogados defensores del TPIR para que neutralicen el proyecto de convertirlo en la justicia de los vencedores, en la escenificación de una falsaria doctrina oficial y en el instrumento para aplastar toda disidencia.

*

Para tomar conciencia de la magnitud de las fuerzas que están tras el conflicto que se vive en el África de los Grandes Lagos, fuerzas que están por encima de los gobiernos más poderosos del mundo o los infiltran, baste citar a algunos de los que son o han sido actores claves en él y, a la vez, son o han sido miembros de la Comisión Trilateral o del Grupo Bilderberg. Debo aclarar que me refiero a estos dos poderosísimos clubes sólo a título de ejemplo, sin referirme a otros como el G8 o el Foro Económico Mundial y sin estudiar a fondo las estrechas relaciones entre todos ellos.

Cuando hace ya más de un año escribí el primer capítulo de mi libro, recientemente publicado, “África, la madre ultrajada”, descubrí (no recuerdo si a través de Robin Philpot o de quien) que el canadiense Raymond Chrétien era miembro de la Trilateral. Se trata de aquel nefasto personaje que en nombre de la ONU había dado a comienzos de 1997 la orden de dismantelar la intervención humanitaria que debía salvar la vida de cientos de miles de refugiados hutus en el Zaire. Se trataba de una intervención muy laboriosamente aprobada y organizada, una intervención por la que algunos de nosotros habíamos realizado en el Parlamento Europeo un ayuno que llegaría a los 43 días.

La curiosidad me llevó entonces a indagar sobre la naturaleza de esos dos grupos y sobre quienes formaban parte de ellos. Y fui descubriendo con sorpresa que el canadiense no era ni mucho menos el único de aquellos miembros relevante de ambos clubes que a la vez habían juzgado un papel clave en ese conflicto: había otros muchos, había demasiados. Al hablar de Raymond Chrétien me vi obligado, en conclusión, a referirme a ello:

Miembro, al igual que Bill Clinton y Madeleine Albright, de la poderosa Comisión Trilateral, creada en julio de 1973 a iniciativa del magnate estadounidense David Rockefeller. (También la esposa de Kofi Annan es una de las hijas de Wallenberg, gran mecenas del grupo Bilderberg. Antes de ser nombrado directamente por Bill Clinton como secretario general de Naciones Unidas, lo había sido del Bilderberg). Raymond Chrétien fue el enviado especial de la ONU para la crisis de los refugiados en el Zaire en el otoño de 1996. En una rueda de prensa conjunta con el general Baril el 12 de diciembre de ese año daba por terminada dicha crisis y recomendaba el desmantelamiento de la Fuerza Internacional de Interposición estacionada en Kampala, desmantelamiento que se ejecutó enseguida.

Y también debí referirme a estos clubes en una nota:

David Rockefeller, presidente del Comité Directivo Mundial de la Trilateral, llegó a afirmar que ésta pretende “sustituir la autodeterminación nacional que se ha practicado durante siglos en el pasado por la soberanía de una élite de técnicos y de financieros mundiales”. Su cofundador y más destacado ideólogo, el influyente Zbigniew Brzezinski, la definió como “el mayor conjunto de potencias financieras e intelectuales que el mundo haya conocido nunca”. En 1971, en su libro *Entre dos edades: El papel de EEUU en la era tecnocrática*, decía: “La nación-estado como unidad fundamental de la vida organizada del hombre ha dejado de ser la principal fuerza creativa: los bancos internacionales y las corporaciones transnacionales son [actualmente] actores y planificadores en los términos que antiguamente se atribuían los conceptos políticos de nación-estado”. La Trilateral está estrechamente ligada al Club Bilderberg y el Council on Foreign Relations, y busca la cooperación entre Norteamérica, Europa y Japón, este último como centro comercial del Pacífico. El Club Bilderberg, que nació de la preocupación por el creciente antiamericanismo en Europa, pretende estrechar lazos entre norteamericanos y europeos. El Council on Foreign Relations es una organización exclusivamente estadounidense dedicada a la política exterior. Si a todo estos objetivos y a la impresionante lista de sus miembros unimos la discreción con que suele manejar sus asuntos más sensibles, no podemos extrañarnos de que en torno a la Trilateral se hayan tejido frecuentes teorías conspirativas sobre un gobierno mundial en la sombra. De hecho, ya en 1976 David Rockefeller y Zbigniew Brzezinski comenzaron el proceso de selección de los candidatos a ser miembros de la Comisión Trilateral y, entre estos, de aquel que debía ocupar la Casa Blanca. Jimmy Carter fue el elegido. Movilizando a los banqueros de Wall Street, a los intelectuales (a los que financian abundantemente) y a los grandes medios de comunicación propiedad de la familia Rockefeller, colocaron ya a su primer candidato en la presidencia de los Estados Unidos. Respecto al conflicto africano que nos ocupa, también se podría decir que no sólo encontramos en él demasiados miembros de la Trilateral sino que, además, los principios fundacionales de ésta (un nuevo orden mundial, el papel tutelar de los Estados Unidos, el credo neoliberal, el control de los medios de comunicación o el rechazo de los movimientos populares), coinciden en gran medida con las ideas maestras que se pueden descubrir tras el proyecto de expolio del Congo. No creo que se pueda responsabilizar de los crímenes habidos en el África central directamente a la Trilateral por el hecho de que algunos de sus miembros sí sean responsables, pero me ha parecido oportuno referirme a todo ello. Cuanto más a fondo conozco las claves ocultas de este proyecto y las circunstancias que lo acompañan, más convencido estoy de que tras él hay gentes muy poderosas, seguramente las más poderosas de nuestro mundo. El lector, tras la lectura de esta obra y tomar conocimiento de los elementos de este gran rompecabezas, podrá juzgar la exactitud de estas apreciaciones. Si algo hay evidente en lo que conocemos de la Trilateral, es que fomenta estrechos lazos entre los hombres más poderosos del mundo de las multinacionales, de las finanzas y de la política. Y son estos poderosos, genéricamente, los inductores de la gran “reordenación” de aquella región; reordenación decidida desde ámbitos que superan el estrecho marco de la política y de los Estados, por muy poderosos que estos sean. También la escandalosa y generalizada posición de los grandes medios de comunicación frente a ese conflicto no puede ser explicada fácilmente sin decisiones tomadas a nivel de las cúpulas editoriales. Otros muchos medios han sido incapaces de salirse del guión oficial, de quedar fuera de juego.

Podríamos también citar a otras figuras como Susan Rice o Sadako Ogata. Acabo esta cuestión insistiendo en lo que ya he aclarado en la nota anterior: estas observaciones no son propiamente una denuncia de ningún club en concreto, ni tan siquiera una investigación; son sólo un toque de atención, acorde al pequeño formato de este texto; son un sencillo recordatorio del enorme poder de aquellos que parecen estar tras las decisiones políticas que interfieren gravemente por ejemplo en la ONU, en sus Misiones y en su TPIR.

*

Sin embargo, según la lógica evangélica y de la no violencia, esta tremenda realidad no nos debe desanimar. Recordemos la constatación simple y directa que ya hizo Gandhi: “Las fuerzas más poderosas de la historia son la verdad y el amor. Cuando me desanimo recuerdo que, a todo lo largo de la historia, siempre ha habido tiranos que por un tiempo parecían invencibles. Pero todos han acabado cayendo. Tenedlo en cuenta... todos han acabado cayendo.”

Pero además la mentira y todas las tendencias destructivas siguen unas dinámicas que antes o después las lleva a encontrar sus propios límites. Y ese momento debe encontrarnos ya despiertos y a punto de obtener los beneficios de esa coyuntura, tras un largo y sistemático trabajo previo. Como decía Pablo Picasso: “la inspiración llegará en un momento u otro, pero nos debe encontrar trabajando”.

No hay objetivos inalcanzables ni metas demasiado lejanas. El objetivo es el de cada día y la meta no es algo diferente del camino. A lo largo de los 40 últimos años de mi vida he aprendido que lo que los seres humanos solemos llamar “eficacia” es un conjunto de criterios bastante chatos y reduccionistas que empobrecen la más auténtica y profunda eficacia. Ésta tiene que ver con algo mucho más sutil y no mesurable: aquello que los maestros de la no violencia activa llaman “la fidelidad a la suave voz interior”. Si como nos aconseja Gandhi, cumplimos sencillamente nuestro deber y dejamos en manos de Dios toda otra cosa, seguro que pasaremos por la experiencia de ver como se multiplican exponencialmente nuestros pobres esfuerzos.